



EL ESTUARIO DEL RÍO MIÑO

José CURT MARTÍNEZ



En uno de los números anteriores de nuestra REVISTA tratábamos del final del Ebro en un delta, accidente geográfico propio de ríos que desembocan en una mar en la que las mareas apenas sí tienen repercusión, como es el caso del Mediterráneo. El río Ebro muere, pues, manso, plano, agrícola, arenoso, partido en brazos, desmembrado en multitud de encharques y lagunas que cobijan una fauna y una flora excepcionales, y lo hace siendo español desde su nacimiento hasta que deja de existir.

Hoy hablaremos del tramo final del río Miño, que es la antítesis del Ebro porque acaba en un estuario,

porque su aprovechamiento es más pesquero que agrícola, porque lo hace en un cauce único y acaparador de regatos y de afluentes, y porque es verde, profundo, moreno, arremolinado, encajonado entre altivas sierras y compartido entre dos naciones cuya frontera está diluida en sus aguas, pues se dice que éstas son internacionales, o sea de todos los ribereños, hasta el extremo en que una embarcación se acerca tanto a una orilla que se puede saltar a tierra; este límite impreciso y consuetudinario marca lo que son aguas españolas y portuguesas.



El *Cabo Fradera* cuando su comandante era el teniente de navío don Luis Cebreiro González, y su habilitado quien suscribe. ¡Qué tiempos!

En lugar destacado de mi casa y de mis recuerdos figura una metopa en cuya placa se lee: «El comandante y dotación del PVI-01 *Cabo Fradera* al teniente coronel de Intendencia don José Curt Martínez, en recuerdo de su embarque, agosto 82-enero 84»; y dice verdad la metopa porque el habilitado de aquel patrullero fluvial, pues tal era mi cargo en aquellos inolvidables años, compartido con otros destinos, era navegante de verdad, pues en cuanto podía salía al río (iba a decir «a la mar») en compañía de su comandante y llorado compañero el teniente de navío Luis Cebreiro González, muerto en plena juventud, en lo mejor de su vida.

Pero el Miño me fascinaba desde mucho antes de mi embarque en el

Fradera. Lo conocía desde su nacimiento en la mansa lagunilla de Fonmiñá, en la provincia de Lugo: sus pañales estaban confeccionados con la esplendidez de los nenúfares y con las nubes de libélulas multicolores que los sobrevolaban. Un orfeón de ranas daba el vagido del recién llegado a la vida. Me recorrí su cauce muchas veces y sería largo de contar de las águilas reales que nidificaban en sus primeros cortados, de las nutrias juguetonas y de los gráciles armiños de sus riberas tan salvajes; de sus almejas y mejillones de agua dulce, siempre repletos de perlitas o aljófares; del vuelo azul de saeta de martín pescador, y de los muchísimos castillos, monasterios, iglesias de magnífico románico, pueblecitos y

aldeas, pazos, murallas y castros que atestiguan la importancia histórica de este río y la personalidad genuinamente fluvial de sus pobladores ribereños, pues el Miño es, ante todo, una historia irrepetible y singular, un estilo de vida sin parangón, que quizá ya deba incluirse en el pretérito de la nostalgia, al menos en gran parte porque el «progreso» también llegó al Miño, cómo no, relegando en su materialismo todo aquello que, por pertenecer a los sentimientos, ha dejado de ser rentable e inevitablemente sustituido por lo «práctico», que seguramente no será ni mejor ni peor, pero sí diametralmente distinto.

Después de 350 kilómetros he visto morir el Miño, vetusto y magnífico, también lleno de vida, en la mar atlántica, a los pies del totémico monte de Santa Tecla o Tegra, con ricos castros pregallegos, con multitud de restos arqueológicos, en los que abundan los anzuelos, los descartadores de pescado, vestigios de unos ancestros nuestros que ya tenían en el Miño la fuente de subsistencia. Desde esta privilegiada atalaya se disfruta de una panorámica del estuario tan hermosa que seguramente estuvo reservada, antes de abrirla a los mortales, al gozo de los arcángeles, puede que como premio a militar en el partido de la oposición a Luzbel, puede que como esencia misma de su cercanía al Creador. Esto por parte española, porque en la orilla portuguesa el gran río se despidе cabe a la playa de Caminha, donde nos hemos encontrado con el milagro de unos densos manchones de camariña (*Corema album*) un

arbusto litoral y marinerо que únicamente sobrevive en Galicia en las islas Cíes, pues se dice que esta misteriosa planta se extinguió en el resto del solar galaico años ha y no se sabe cómo, pero que era muy abundante porque bautizó muchos lugares e incluso bellos pueblos costeros, como son La Puebla del Caramiñal y Camariñas, aunque la realidad es que los lugareños poco han oído hablar de ella. En mis indagaciones preguntaba a los más viejos, describiendo sus hojas lustrosas, sus flores blancas y minutas, y sus frutillos comestibles de dulce sabor, sin que nadie me aclarase el motivo de su ausencia, a excepción de un anciano marinerо, socarrón él, que, entornando maliciosamente sus ojillos, me contestó: «mire usted, si era comestible seguro que se la paparon los de aquí, pues ya sabe que después de la guerra hubo mucha hambre en Galicia».

De Ribadavia para abajo, en concreto desde la desembocadura en la orilla izquierda de su afluente, el Barxa, el Miño se hace internacional, unos 80 kilómetros antes de su desembocadura. En Pontebarxa, un último pueblito fronterizo con Portugal, vivía Camilo Lloves, el último gallego que mató al último oso galai-co (año 1946) con una horquilla de agavillar hierba, que entonces la cartera no estaba para gastarla en pólvora y en plomo, por muy cazador que se fuese, como Camilo lo era. En la enconada pelea a muerte entre el hombre y la bestia, el oso casi le desguaza un hombro de un mordisco a mi viejo amigo, según demostraba

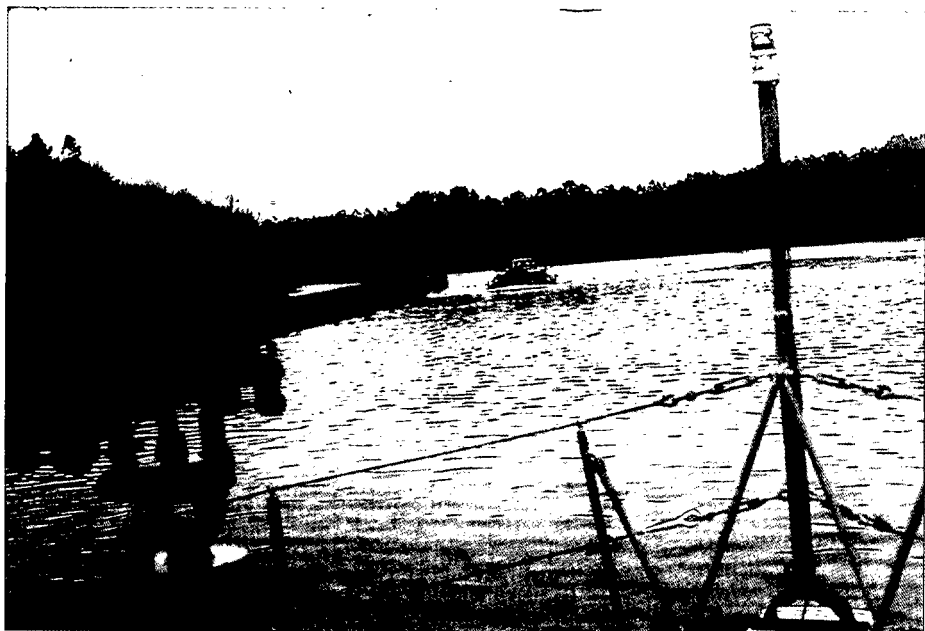
la profunda cicatriz que Lloves me enseñaba treinta años después, al mismo tiempo que Celsa, su mujer, ya anciana, preparaba un buen vino miñoto, que curiosamente le llamaban «de Jerez», y unos tacos de jamón sabiamente salado en su punto y ahumado al crepitar de la llama de las ramas viejas del abedul. Un jamón, unos osos y unos seres humanos que daba el Miño y que, por razones obvias y por ley de vida, no podrá volver a dar.

En los últimos 40 kilómetros, el Miño, bramador y torrencial, profundo y oscuro, se aquietta en un estuario, que sube hasta Salvatierra, aunque la parte más navegable, la zona conocida como Baixo Miño, se queda más bien en Tuy, la histórica ciudad encaramada en el paisaje y reflejada en unas aguas que a veces van para arriba y a veces para abajo, contrarestándose en «la repunta» momento en que los «lobos del río» (así se llaman los homónimos de la mar) dicen que «o río vai voltar o virar», siendo las dos horas anteriores las ideales para la pesca de la lamprea, cuando «as augas están a crecer canto mais poden, e ten a forza do caballo». El río se amansa aquí, dicen los más viejos, porque la virgen de los Ojos Grandes, que se venera en Lugo, bajaba el Miño en una barca llevando a Xesusiño, plácidamente dormido en su regazo y, temerosa de que se despertase en los rabiones ensordecedores, canta una nana en la que suplica: Río Miño/ Vai caladiño/e non despartes/ o meu neninho», y el río, conmovido y obediente, se

acalla, se ensancha y se sosiega hasta su desembocadura.

Mucho hemos navegado en aquellas aguas, en un medio y con unos métodos insólitos para un oficial de Marina. El tráfico fluvial era denso en cargueros de grava y en dragas extractoras de áridos para la construcción. Se cumplía el protocolo de los tradicionales saludos, arriándose e izándose las banderas a nuestro paso. Los de los «barcos», pues así se llamaban a las gamelas de tingladillo, calafateadas y embreadas con «la pez», que aún surcaban el cauce para la pesca de la lamprea, se ponían en pie, fuesen autóctonos o foráneos y, como estaba mandado, saludaban dando «el cabezazo» que la cortesía era también virtud que se daba bien en aquellas aguas. Los «barcos» eran de doble proa, para poder atracar a tierra y a los arriños con la «bica» pero sin tocar fondo y desembarcar la pesca «abicando» fácilmente. Después el motor fuera borda y el plástico impusieron la popa y forzaron a la desaparición de estos preciosos «barcos», que navegaban a vela por el Miño, incluso con una vela de madera que, «levantando o canizo» lograban increíbles empompadas, usando el remo como timón.

Se navegaba con unas cartas trazadas a lápiz para poder rectificarlas, que circulaban de mano en mano, con habitual origen en el *Cabo Fradera*, que tenía sonda que a veces daba los 20 metros de profundidad, pero otras tan poco calado que un hombre tenía que bajarse al agua, armado de una pala, para remover la arena que entorpecía la derrota del



Por estribor nos va a rebasar una gabarra cargada de grava, de las muchas que navegaban por el Miño.

patrullero. En aquellos entonces veíamos y censábamos muchas aves que a veces eran de rara presencia en España y en Galicia, como el águila pescadora, el morito, que es un raro ibis africano, de plumaje negro, o la serreta mediana, extraña anátida de generosa presencia en los inviernos del padre Miño. En otras ocasiones nos sobrevolaban, vocingleros, los enjambres de patos en sus migraciones multitudinarias, de lejano remite; todo un espléndido espectáculo enmarcado en el más sorprendente entorno y las más inesperadas sorpresas, como navegar por un canal con vacas a babor y a estribor, pastando los rumiantes ignotas hierbas, con las ubres al ras del agua de los islotes fangosos de Canoasa y Ariños do Pasaxe.

Luego llegábamos a la bocana para recalar allí y remontar el estuario, dando la popa a la portuñesa isla de Insúa, fortificada en forma de estrella con seis baluartes, entre cuyas almenas despuntaban unas soberbias higueras centenarias. Estábamos en la parte terminal y sucia del ocaso del río, la de las Barras, una la del norte, en la que siempre velaban unos amenazadores pedruscos, como los camellones (creo recordar); o la del sur de Insúa, más estrecha aunque más profunda que la del norte, con sonda máxima en los cuatro y pico metros en pleamar siendo necesario para cruzarlas y ganar la mar abierta contar con una absoluta calma que raramente se daba en aquellos

parajes. Cada cien años, la última vez en 1947, la Insúa se une a tierra portuguesa por un istmo de arena que expresa a las claras el carácter cambiante de aquellos fondos.

Respecto a la importancia estratégica de este río, no me resisto a transcribir de la voz «Miño» del Espasa (Tomo 35, pág. 729) el siguiente texto, al que los años han enranciado tanto hasta convertirlo en una jugosa cita más propia de la sección de *Miscelánea* de nuestra REVISTA que de estos artículos dedicados a la naturaleza de los espacios marinos. Dice así: «La importancia estratégica del curso inferior del Miño estriba en que es un obstáculo para la invasión de Galicia desde Portugal, y aunque Galicia en sí no fuese bastante para tentar al invasor, la posesión de Vigo y Pontevedra, con sus rías de un valor grandísimo, y la de La Coruña y Ferrol con su arsenal, serían motivos más que suficientes para que un ejército portugués, auxiliado por Inglaterra, por ejemplo, tratase de forzar el paso del Miño para darse la mano con la escuadra, y tomar por tierra, con menos dificultades, lo que podrían ser espléndidas bases de una o varias escuadrillas de submarinos».

El carácter internacional de una parte del Miño, y, en especial, la más importante desde el punto de vista ecológico y pesquero, su estuario, ha impedido, hasta ahora, llegar a un acuerdo con Portugal acerca del tipo de protección que conviene darle y del convenio que puede firmarse al respecto entre ambos países ribere-

ños para la explotación y disfrute de sus recursos. Como sucedáneo han aparecido figuras proteccionistas parciales de mínima efectividad, como puede ser, por parte española, el Refugio de Caza del Estuario del Miño (900 hectáreas) y, en la portuguesa, la Reserva de Caza del Sapal del Coura, una interesantísima marisma fluvial, muy querenciosa para las aves, en la desembocadura del afluente luso del mismo nombre, y la Mata Nacional del Pinar de Camarido, aunque el proyecto más ambicioso y deseado desde hace décadas supone la protección internacional de 30.000 hectáreas que incluyen todas las islas fluviales; declarándolas reservas integrales para la fauna (Fillaboa, Morriceira, Os Amoriños, A Boega, etc.), y los macizos montañosos del entorno fluvial, además del Santa Tecla, como son O Galiñeiro, Aloia, San Ciprián, La Paradanta y otros, amén de los prados e islotes fangosos y arenosos a los que acuden a descansar y a comer un sinfín de aves migrantes y sedentarias, entre ellas las garzas reales que, en este trozo del Miño cuentan con la mayor concentración de estas ardeidas en Galicia, a veces cerca de 300 ejemplares.

Al igual que en el Ebro es el arroz el recurso agrario que impone su impronta en la fisonomía del Delta, aquí, en el Miño, es la pesca de peces, tales como el sábalo, la anguila, la lamprea, el salmón y la platija el recurso que condiciona y regula a estos pueblos, empapando a los lugareños de una idiosincrasia híbrida entre el arado y la gamela, mitad



¡Buenas lampreas han pescado estos marineros del Miño, para chuparse los dedos!

campesina, mitad pescadora, envuelta en un costumbrismo, una historia y un folclore fluviales tan curiosos e interesantes que exigirían mas espacio del que disponemos y otra pluma menos modesta que la del articulista, capaz de transmitir cuanto suponen artes de pesca tan antiguas como el butirón, la red cabaceira, la figa, la lampreira, la sacada o barredoira, el salabre o arrastrón, y construcciones tan fascinantes como son las ancestrales «pesqueiras», cuyo origen se remonta muy atrás en la historia local, y que no tienen parangón en ningún otro lugar de Europa.

Los mismos peces que hemos citado, en su mayoría eurihalinos, incluyen en este vocablo el milagro que supone el drástico cambio fisiológico

que les permite abandonar el agua salada, hipoosmótica en relación al pez, y conquistar el medio dulceacuícola del río que, por su bajo contenido en sales, es hiperosmótico respecto al pez. El riñón, la circulación sanguínea, el sistema excretor en suma de estos peces sufre tales alteraciones y adaptaciones que nos maravilla, máxime conociendo que el río donde desovan, donde perpetúan la especie, es también su tumba. Vuelven al río donde nacieron para prolongar el germen, al coste irreparable de la destrucción del soma; un altruismo incomprensible.

Constituía el sábalo o saboga la pesca más provechosa del estuario miñoto cuando anualmente se capturaban en aquellas aguas 100.000 sá-

balos, en los años 20-30. En los 80 apenas si se veía ya en el Miño y menos en sus cocinas ribereñas. He aquí un ejemplo de una criatura que no ha sido capaz de superar la contaminación de unas aguas que la especie exigía limpias y bien oxigenadas para su supervivencia.

Del salmón también vale más no hablar. La disminución de sus capturas es verdaderamente patética, e indica que el hombre fue muy orgulloso al apedillarse de *sapiens*, pues el salmón es otro de los termómetros que da la temperatura de un organismo, la Naturaleza entera, que enferma de una contaminación que el ser inteligente no sabe controlar, confiando su futuro a una técnica que supone que vendrá a arreglarle todos los problemas, incluso los irresolubles. Una torpeza. Del salmón se sabe que a mediados de siglo aún se pescaba el millar anualmente, pesando muchos de ellos más de 20 kilos. Hoy, cuando se pesca alguno sale en los periódicos como novedad.

La lamprea era el pez emblemático (como se dice ahora) del río Miño, y el preferido de los romanos para darle trabajo al *vomitorium*. Hasta hace pocos años se podía comer en cualquier rincón de Galicia, cocinado en su propia sangre y con el sabor especial de degustar un pez que, por su primitivismo, era algo muy distinto a lo que acostumbraba el paladar. La lamprea daba empleo y sustento a mucha gente, y las artes y medios empleados

en su captura se extendían hasta bien alejados del cauce paterno los afluentes y regatos que vertían al Miño. Hoy, aun siendo seguramente la especie menos castigada de las de interés pesquero, fluvial, por su arcaísmo y vida parásita, alcanza unos precios inversamente proporcionales a su escasez. La lamprea es un fósil viviente, de cuya boca evolucionaron las mandíbulas, de éstas las aletas de los peces, y de éstas las patas de los animales terrestres. Ahí es nada. La Comandancia de Marina de Tuy registraba en el año 1976 un total de 25.889 capturas, cantidad a todas luces menor que la realmente conseguida, porque a la hora de declarar más vale hacerlo por menos, que, según dice el paisano, luego se entera el fisco.

Y sobre la angula, a la que muchas noches salíamos a pescar con los «meixoeiros» amigos del Miño, en el misterio de las luces que parecían de la procesión de la Santa Compañía, trabajando el salabre en la negrura callada del río dormido, sólo deciros lo que oí en boca de un veterano angulero: «mire, ya sabe que en el río Miño se pescan las mejores angulas de Aguinaga». En aquellos años ya se empezaba a manejar una nueva palabra: el marketing. Y poco tiempo después llegaron las revistas del corazón, y todos contentos.

Bueno, no sé si me ha salido un final un poco pesimista, o sea, que dice cuatro verdades. Disculpadme.